EMILIO SERRANO JIMÉNEZ

UN ABOGADO POR LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA EN MAUTHAUSEN

Tras la pista de uno de los más de 9.000 españoles deportados a los campos nazis

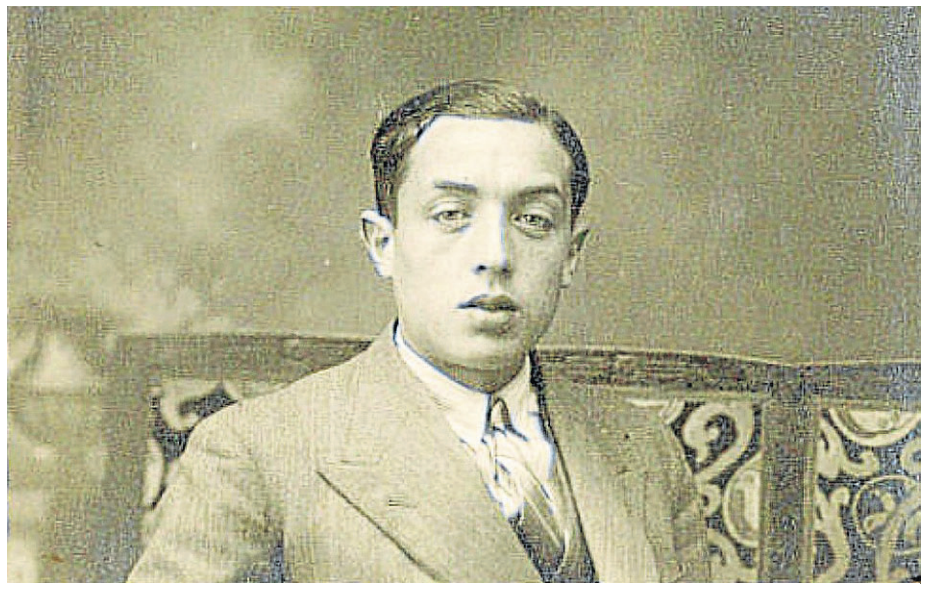
Texto: **Javier Martínez Romera**
Profesor de Geografía e Historia en el IES Antonio Machado de Soria

La creciente digitalización de archivos alemanes e internacionales ha permitido en los últimos tiempos seguir la pista a miles de deportados en los campos de concentración nazis, evitando así, a modo de mínima compensación moral de las víctimas, su completa y total desaparición de la historia, uno de objetivos del sistema de eliminación del Tercer Reich que trataba de hacer desaparecer a sus víctimas en un universo de 'nacht und nebel', de 'noche y niebla', según la terminología aplicada en el decreto de 1941 sobre persecución de las infracciones cometidas contra las fuerzas de ocupación nazi.

Este hecho cobra una especial relevancia en lo referente a los 9.161 españoles deportados a campos de concentración nazis. Podemos elegir uno de ellos, casi al azar, para esa tarea de búsqueda e indagación histórica; por ejemplo, uno relacionado con Zaragoza, por haber cursado en la ciudad sus estudios universitarios de Derecho, uno como Emilio Serrano Jiménez, nacido en Ágreda (Soria) el 13 de septiembre de 1908, deportado en los campos de concentración de Mauthausen, Dachau y Buchenwald, donde llegó el 14 de diciembre de 1944 para desaparecer después en los confusos días del final de la guerra, y estudiante de bachillerato entre 1920 y 1926 en el Instituto General y Técnico de Soria, hoy IES Antonio Machado.

Tras concluir el programa de estudios del instituto de Soria, se matriculó Emilio Serrano en las facultades de Filosofía y Letras, donde siguió algunas asignaturas comunes del curso de estudios preparatorios en 1926-1927, y Derecho, donde cursó la licenciatura. Ambas facultades de la Universidad de Zaragoza todavía se situaban entonces en el bello edificio de la Universidad de Cerbuna, en la plaza de la Magdalena, cruelmente derribado en 1968 sin ningún respeto patrimonial, ni siquiera por la magnífica biblioteca que la capilla del fundador albergaba y que también desapareció en 1973 para dar paso a la anodina construcción del IES Pedro de Luna.

En el histórico edificio, levantado por primera vez en 1587, poco después que su instituto soriano, cursó Emilio Serrano sus estudios en la modalidad no oficial, es decir, como alumno libre, continuado el mismo método empleado en el bachillerato. Era esta una práctica muy común en la época y sus usuarios superaban con



Con 21 años, en la ficha de identidad de la Facultad de Derecho. ARCHIVO DE UNIZAR

Su ficha en el campo de Buchenwald.

mucho a los alumnos oficiales, 485 frente a 207 en la Facultad de Derecho en el curso 1929-1930, por citar un ejemplo. Como ya hemos dicho, se matriculó Emilio Serrano, primero, en el curso preparatorio en 1926-1927 y, después, se fue adentrando en el denso plan de estudios que alternaba derecho público y privado, canónico y romano, español e internacional, penal y administrativo, hasta el curso 1930-1931 en que culminó sus estudios.

Pero la información puramente académica no es lo más valioso del expediente, sino la existencia de tres fotografías que, por primera vez, nos permiten conocer el rostro de Emilio Serrano. Se trata de la cara amable de un joven que, como todos los de entonces, parece mayor de lo que es en realidad, tal vez por guardar con fidelidad el código de vestimenta elegante de la época; chaleco, americana cruzada, corbata y peinado impecable y alisado con brillantina, que no distrae la atención de una mirada profunda, quizás reconcentrada y, sobre todo, juvenil.

La documentación de la Universidad de Zaragoza nos aporta, además, algunos otros detalles interesantes, además de las calificaciones, como son sus distintos domicilios, en el principal del número 9 de la calle Hermanos Argensola durante el segundo curso de Derecho y en el primer piso de la calle Cerdán número 20 en el último curso 1930-1931, no lejos del domicilio familiar de su madre, Emilia Jiménez, en la plaza de Lanuza, 15, recogido en la documentación alemana.

Mezclando estos datos con los enormes y evocadores conocimientos de la profesora Eva Lavilla Rey de la Zaragoza de comienzos del siglo XX, no cuesta imaginar, como en una sucesión de fotografías de Lucien Roisin, a Emilio Serrano en la monumental biblioteca de la antigua universidad, en busca de algún volumen de jurisprudencia entre las estrechas escaleras y las góticas estanterías de la antes iglesia, ni verlo pasear relajado después de un examen final, en una tranquila y calurosa tarde de junio, de vuelta a casa por una Zaragoza todavía manejable y familiar.

Caminaría por el Coso, quizás miraría con curiosidad la cartelera bajo las estatuas del elegante Teatro Principal y, al llegar a la plaza de la Constitución, repararía en el elegante comercial de la agencia Ford que trataba de vender las excelencias de uno de los últimos descapotables de la marca a un acomodado cliente del Gran Café Royalty. Ya más cerca de casa, transitando por el Coso alto, miraría con curiosidad el escaparate del Gran Bazar X y sus elegantes sombreros canotier dispuestos ya para el incipiente verano. Después, tal vez fijaría su atención enfrente para averiguar qué película proyectaría el cine Ena Victoria y proseguiría por la transitada acera, reparando en el elegante escaparate de la Papelería Crespo, con sus lujosas estilográficas y estilosos tinteros, mientras veía de soslayo bajar del ómnibus a los clientes del moderno Hotel Oriente.

Llegaría a casa casi a la vez que el tranvía de la línea 7, entre el Ayuntamiento y el Portillo, el mismo cuya campanilla lo despertaba por las mañanas –quién sabe si conducido por Cayo Morata, el protagonista de 'La Casa de los toros', la novela (Unaluna, 2004) del recordado escritor y dibujante Sebastián López, 'Sebas', que tan bien retrata la Zaragoza y la Soria rural de la época– a la vez que el ruido del trajín de carros y el quejido mecánico de las sobrecargadas camionetas Citroën que abastecían al mercado de Lanuza casi de madrugada.

Una vez en casa –que como toda la manzana, repleta de negocios y pensiones, como la famosa y longeva Fonda Hispano Francesa del número 1, sería derribada en 1976 para darle a la calle su amplitud actual y dejar empequeñecido el bonito edificio de las vecinas Escuelas Pías de los Escolapios– se tumbaría sobre la cama y, tal vez, pensaría , ajeno a todo, incluso a su aciago destino, en los inminentes paseos veraniegos hasta la Fuente de los Incrédulos o en acudir a bañarse al Ebro, junto al elegante edificio de baños, construido poco antes, en 1928, en la arboleda de Macanaz y epicentro de la vida social del estío zaragozano o, acaso, en su Ágreda natal, tan agradable en verano, refrescada por el aire del Moncayo.

Concluidos los años de estudiante universitario en aquel efervescente y trascendental año de 1931, tal vez se le plantearían a Emilio dos salidas profesionales: el ejercicio libre de la abogacía como pasante y, más tarde, como procurador o abogado en un bufete o en su propio despacho o el ingreso en alguno de los cuerpos de la Administración pública como funcionario.

De la primera hipótesis no hemos encontrado evidencia. En el archivo del Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza no aparece su nombre en ninguna de las listas de abogados y procuradores colegiados y en ejercicio entre 1931 y 1945.

Parece razonable, entonces, inclinarse por la segunda opción. El hecho de que en la ficha de Dachau conste un domicilio en Málaga, en un tiempo en que la movilidad laboral era casi inexistente, comparada con la actual, parece apoyar la opción de su trabajo como funcionario, hipótesis que no hemos podido confirmar, al menos por el momento, al no existir ningún expediente a su nombre en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, en búsqueda incompleta y dificultosa ya que no existe registro alfabético de expedientes por nombres, sino que hay que revisar, tarea casi hercúlea, organismo por organismo.

Seguimos sin conocer detalles de su vida personal, pero, su residencia en Málaga hace presuponer que entraría a formar parte del ejército republicano al comienzo de la Guerra Civil, antes de la toma de Málaga por parte de las tropas sublevadas, en sangriento combate con ayuda italiana, a comienzos de febrero de 1937. Parece plausible que nuestro Emilio Serrano Jiménez fuese el que aparece en el Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional, número 251, publicado en Barcelona el 28 de septiembre de 1938 y que lo cita como ganador de una de las plazas convocadas por concurso, según circular del 14 de junio anterior, para proveer cien puestos de tenientes auditores en campaña del Cuerpo Jurídico Militar, empleo coherente con su formación universitaria.

Por desgracia, no hemos podido obtener información complementaria del desempeño, ya en la parte final del conflicto, de ese empleo, al no existir ningún expediente con su nombre ni en el Archivo General Militar de Ávila ni en el Archivo General Militar de Guadalajara, que centralizan la mayor parte de la documentación militar de ese periodo.

Es de esperar que la aparición de nuevos documentos o, quizás, el testimonio de algún descendiente de sus hermanastros, permita conocer mejor a este estudiante de Derecho en Zaragoza, arrastrado y desaparecido en medio del peor huracán de odio y destrucción de la historia.